

## Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo (1955)

El invierno se precipitó un domingo a la salida de misa. La noche del sábado había sido sofocante. Pero aún en la mañana del domingo no se pensaba que pudiera llover. Después de misa, antes de que las mujeres tuviéramos tiempo de encontrar un broche de las sombrillas, sopló un viento espeso y oscuro que barrió en una amplia vuelta redonda el polvo y la dura yesca de mayo. Alguien dijo junto a mí: “Es viento de agua”. Y yo lo sabía desde antes. Desde cuando salimos al atrio y me sentí estremecida por la viscosa sensación en el vientre. Los hombres corrieron hacia las casas vecinas con una mano en el sombrero y un pañuelo en la otra, protegiéndose del viento y la polvareda. Entonces llovió. Y el cielo fue una sustancia gelatinosa y gris que aleteó a una cuarta de nuestras cabezas. Durante el resto de la mañana mi madrastra y yo estuvimos sentadas junto al pasamano, alegre de que la lluvia revitalizara el romero y el nardo sedientos en las macetas después de siete meses de verano intenso, de polvo abrasante. Al mediodía cesó la reverberación de la tierra y un olor a suelo removido, a despierta y renovada vegetación, se confundió con el fresco y saludable olor de la lluvia con el romero. Mi padre dijo a la hora de almuerzo: “Cuando llueve en mayo es señal de que habrá buenas aguas”. Sonriente, atravesada por el hilo luminoso de la nueva estación, mi madrastra me dijo: “Eso lo oíste en el sermón”. Y mi padre sonrió. Y almorzó con buen apetito y hasta tuvo una entretenida digestión junto al pasamano, silencioso, con los ojos cerrados pero sin dormir, como para creer que soñaba despierto.



Llovió durante toda la tarde en un solo tono. En la intensidad uniforme y apacible se oía caer el agua como cuando se viaja toda la tarde en un tren. Pero sin que lo advirtiéramos, la lluvia estaba penetrando demasiado hondo en nuestros sentidos. En la madrugada del lunes, cuando cerramos la puerta para evitar el vientecillo cortante y helado que soplaba del patio, nuestros sentidos habían sido colmados por la lluvia. Y en la mañana del lunes los había rebasado. Mi madrastra y yo volvimos a contemplar el jardín. La tierra áspera y parda de mayo se había convertido durante la noche en una substancia oscura y pastosa, parecida al jabón ordinario. Un chorro de agua comenzaba a correr por entre las macetas. “Creo que en toda la noche han tenido agua de sobra”, dijo mi madrastra. Y yo noté que había dejado de sonreír y que su regocijo del día anterior se había transformado en una seriedad laxa y tediosa. “Creo que sí -dije-. Será mejor que los guajiros las pongan en el corredor mientras escampa”. Y así lo hicieron, mientras la lluvia crecía como árbol inmenso sobre los árboles. Mi padre ocupó el mismo sitio en que estuvo la tarde del domingo, pero no habló de la lluvia. Dijo: “Debe ser que anoche dormí mal, porque me he amanecido doliendo el espinazo”. Y estuvo allí, sentado contra el pasamano, con los pies en una silla y la cabeza vuelta hacia el jardín vacío. Solo al atardecer, después que se negó a almorzar dijo: “Es como si no fuera a escampar nunca”. Y yo me acordé de los meses de calor. Me acordé de agosto, de esas siestas largas y pasmadas en que nos echábamos a morir bajo el peso de la hora, con la ropa pegada al cuerpo por el sudor, oyendo afuera el zumbido insistente y sordo de la hora sin transcurso. Vi las paredes lavadas, las juntas de la madera ensanchadas por el agua. Vi el jardincillo, vacío por primera vez, y el jazminero contra el muro, fiel al recuerdo de mi madre. Vi a mi padre sentado en el mecedor, recostadas en una almohada las vértebras doloridas, y los ojos tristes, perdidos en el laberinto de la lluvia. Me acordé de las noches de agosto, en cuyo silencio maravillado no se oye nada más que el ruido milenar que hace la Tierra girando en el eje oxidado y sin aceitar. Súbitamente me sentí sobrecogida por una agobiadora tristeza.

45 Llovió durante todo el lunes, como el domingo. Pero entonces parecía como si estuviera  
lloviendo de otro modo, porque algo distinto y amargo ocurría en mi corazón. Al atardecer dijo una  
voz junto a mi asiento: “Es aburridora esta lluvia”. Sin que me volviera a mirar, reconocí la voz de  
Martín. Sabía que él estaba hablando en el asiento del lado, con la misma expresión fría y pasmada  
que no había variado ni siquiera después de esa sombría madrugada de diciembre en que empezó a  
50 ser mi esposo. Habían transcurrido cinco meses desde entonces. Ahora yo iba a tener un hijo. Y  
Martín estaba allí, a mi lado, diciendo que le aburría la lluvia. “Aburridora no -dije. Lo que me parece  
demasiado triste es el jardín vacío y esos pobres árboles que no pueden quitarse del patio”. Entonces  
me volví a mirarlo, y ya Martín no estaba allí. Era apenas una voz que me decía: “Por lo visto no  
piensa escampar nunca”, y cuando miré hacia la voz, sólo encontré la silla vacía.

55 El martes amaneció una vaca en el jardín. Parecía un promontorio de arcilla en su inmovilidad  
dura y rebelde, hundidas las pezuñas en el barro y la cabeza doblegada. Durante la mañana los  
guajiros trataron de ahuyentarla con palos y ladrillos. Pero la vaca permaneció imperturbable en el  
jardín, dura, inviolable, todavía las pezuñas hundidas en el barro y la enorme cabeza humillada por la  
lluvia. Los guajiros la acostaron hasta cuando la paciente tolerancia de mi padre vino en defensa  
60 suya: “Déjenla tranquila -dijo-. Ella se irá como vino”.

Al atardecer del martes el agua apretaba y dolía como una mortajada en el corazón. El fresco de  
la primera mañana empezó a convertirse en una humedad caliente; era una temperatura de  
escalofrío. Los pies sudaban dentro de los zapatos. No se sabía qué era más desagradable, si la piel al  
descubierto o el contacto con la ropa en la piel. En la casa había cesado toda actividad. Nos sentamos  
65 en el corredor, pero ya no contemplábamos la lluvia como el primer día. Ya no la sentíamos caer. Ya  
no veíamos sino el contorno de los árboles en la niebla, en un atardecer triste y desolado que dejaba  
en los labios el mismo sabor con que se despierta después de haber soñado con una persona  
desconocida. Yo sabía que era martes y me acordaba de las mellizas de San Jerónimo, de las niñas  
ciegas que todas las semanas vienen a la casa a decirnos canciones simples, entristecidas por el  
70 amargo y desamparado prodigio de sus voces. Por encima de la lluvia yo oía la cancioncilla de las  
mellizas ciegas y las imaginaba en su casa, acucilladas, aguardando a que cesara la lluvia para salir a  
cantar. Aquel día no llegarían las mellizas de San Jerónimo, pensaba yo, ni la pordiosera estaría en el  
corredor después de la siesta, pidiendo como todos los martes, la eterna ramita de toronjil.

Ese día perdimos el orden de las comidas. Mi madrastra sirvió a la hora de la siesta un plato de  
75 sopa simple y un pedazo de pan rancio. Pero en realidad no comíamos desde el atardecer del lunes y  
creo que desde entonces dejamos de pensar. Estábamos paralizados, narcotizados por la lluvia,  
entregados al derrumbamiento de la naturaleza en una actitud pacífica y resignada. Solo la vaca se  
movió en la tarde. De pronto, un profundo rumor sacudió sus entrañas y las pezuñas se hundieron en  
el barro con mayor fuerza. Luego permaneció inmóvil durante media hora, como si ya estuviera  
80 muerta, pero no pudiera caer porque se lo impedía la costumbre de estar viva, el hábito de estar en  
una misma posición bajo la lluvia, hasta cuando la costumbre fue más débil que el cuerpo. Entonces  
dobló las patas delanteras (levantadas todavía en un último esfuerzo agónico las ancas brillantes y  
oscuras), hundió el babeante hocico en el lodazal y se rindió por fin al peso de su propia materia en  
una silenciosa, gradual y digna ceremonia de total derrumbamiento. “Hasta ahí llegó”, dijo alguien a  
85 mis espaldas. Y yo me volví a mirar y vi en el umbral a la pordiosera de los martes que venía a través  
de la tormenta a pedir la ramita de toronjil. Tal vez el miércoles me habría acostumbrado a ese  
ambiente sobrecogedor si al llegar a la sala no hubiera encontrado la mesa recostada contra la pared,  
los muebles amontonados encima de ella, y del otro lado, en un parapeto improvisado durante la  
noche, los baúles y las cajas con los utensilios domésticos. El espectáculo me produjo una terrible

90 sensación de vacío. Algo había sucedido durante la noche. La casa estaba en desorden; los guajiros, sin camisa y descalzos, con los pantalones enrollados hasta las rodillas, transportaban los muebles al comedor. En la expresión de los hombres, en la misma diligencia con que trabajaban se advertía la crueldad de la frustrada rebeldía, de la forzosa y humillante inferioridad bajo la lluvia. Yo me movía sin dirección, sin voluntad. Me sentía convertida en una pradera desolada, sembrada de algas y  
95 líquenes, de hongos viscosos y blandos, fecundada por la repugnante flora de la humedad y de las tinieblas. Yo estaba en la sala contemplando el desierto espectáculo de los muebles amontonados cuando oí la voz de mi madrastra en el cuarto advirtiéndome que podía contraer una pulmonía. Solo entonces caí en la cuenta de que el agua me daba a los tobillos, de que la casa estaba inundada, cubierto el piso por una gruesa superficie de agua viscosa y muerta.

100 Al mediodía del miércoles no había acabado de amanecer. Y antes de las tres de la tarde la noche había entrado de lleno, anticipada y enfermiza, con el mismo lento y monótono y despiadado ritmo de la lluvia en el patio. Fue un crepúsculo prematuro, suave y lúgubre, que creció en medio del silencio de los guajiros, que se acucillaron en las sillas, contra las paredes, rendidos e impotentes ante el disturbio de la naturaleza. Entonces fue cuando empezaron a llegar noticias de la calle. Nadie  
105 las traía a la casa. Simplemente llegaban, precisas, individualizadas, como conducidas por el barro líquido que corría por las calles y arrastraba objetos domésticos, cosas y cosas, destrozos de una remota catástrofe, escombros y animales muertos. Hechos ocurridos el domingo, cuando todavía la lluvia era el anuncio de una estación providencial, tardaron dos días en conocerse en la casa. Y el miércoles llegaron las noticias, como empujadas por el propio dinamismo interior de la tormenta. Se  
110 supo entonces que la iglesia estaba inundada y se esperaba su derrumbamiento. Alguien que no tenía por qué saberlo, dijo esa noche: “El tren no puede pasar el puente desde el lunes. Parece que el río se llevó los rieles”. Y se supo que una mujer enferma había desaparecido de su lecho y había sido encontrada esa tarde flotando en el patio.

Aterrorizada, poseída por el espanto y el diluvio, me senté en el mecedor con las piernas encogidas y los ojos fijos en la oscuridad húmeda y llena de turbios pensamientos. Mi madrastra apareció en el vano de la puerta, con la lámpara en alto y la cabeza erguida. Parecía un fantasma familiar ante el cual yo misma participaba de su condición sobrenatural. Vino hasta donde yo estaba. Aún mantenía la cabeza erguida y la lámpara en alto, y chapaleaba en el agua del corredor. “Ahora  
115 tenemos que rezar”, dijo. Y yo vi su rostro seco y agrietado, como si acabara de abandonar una sepultura o como si estuviera fabricada en una substancia distinta de la humana. Estaba frente a mí, con el rosario en la mano, diciendo: “Ahora tenemos que rezar. El agua rompió las sepulturas y los pobrecitos muertos están flotando en el cementerio”. Tal vez había dormido un poco esa noche cuando desperté sobresaltada por un olor agrio y penetrante como el de los cuerpos en descomposición. Sacudía con fuerza a Martín, que roncaba a mi lado. “¿No lo sientes?”, le dije. Y él  
120 dijo “¿Qué?”. Y yo dije: “El olor. Deben ser los muertos que están flotando por las calles”. Yo me sentía aterrorizada por aquella idea, pero Martín se volteó contra la pared y dijo con la voz ronca y dormida: “Son cosas tuyas. Las mujeres embarazadas siempre están con imaginaciones”.

Al amanecer del jueves cesaron los olores, se perdió el sentido de las distancias. La noción del tiempo, trastornada desde el día anterior, desapareció por completo. Entonces no hubo jueves. Lo  
130 que debía serlo fue una cosa física y gelatinosa que había podido apartarse con las manos para asomarse al viernes. Allí no había hombres ni mujeres. Mi madrastra, mi padre, los guajiros eran cuerpos adiposos e improbables que se movían en el tremedal del invierno. Mi padre me dijo: “No se mueva de aquí hasta cuando no le diga qué se hace”, y su voz era lejana e indirecta y no parecía percibirse con los oídos sino con el tacto, que era el único sentido que permanecía en actividad.

135 Pero mi padre no volvió: se extravió en el tiempo. Así que cuando llegó la noche llamé a mi  
madrastra para decirle que me acompañara al dormitorio. Tuve un sueño pacífico, sereno, que se  
prolongó a lo largo de toda la noche. Al día siguiente la atmósfera seguía igual, sin color, sin olor, sin  
temperatura. Tan pronto como desperté salté a un asiento y permanecí inmóvil, porque algo me  
140 indicaba que todavía una zona de mi conciencia no había despertado por completo. Entonces oí el  
pito del tren. El pito prolongado y triste del tren fugándose de la tormenta. “Debe haber escampado  
en alguna parte”, pensé; y una voz a mis espaldas pareció responder a mi pensamiento: “Dónde...”,  
dijo. “¿Quién está ahí?”, dije yo, mirando. Y vi a mi madrastra con un brazo largo y escuálido  
extendido hacia la pared. “Soy yo”, dijo. Y yo le dije: “¿Los oyes?”. Y ella dijo que sí, que tal vez habría  
escampado en los alrededores y habían reparado las líneas. Luego me entregó una bandeja con el  
145 desayuno humeante. Aquello olía a salsa de ajo y manteca hervida. Era un plato de sopa.  
Desconcertada le pregunté a mi madrastra por la hora. Y ella, calmadamente, con una voz que sabía  
a postrada resignación, dijo: “Deben ser las dos y media, más o menos. El tren no lleva retraso  
después de todo”. Yo dije: “¡Las dos y media! ¡Cómo hice para dormir tanto!”. Y ella dijo: “No has  
dormido mucho. A lo sumo serán las tres”. Y yo, temblando, sintiendo resbalar el plato entre mis  
150 manos: “Las dos y media del viernes...”, dije. Y ella, monstruosamente tranquila: “Las dos y media del  
jueves, hija. Todavía las dos y media del jueves”.

No sé cuánto tiempo estuve hundida en aquel sonambulismo en que los sentidos perdieron su  
valor. Solo sé que después de muchas horas incontables oí una voz en la pieza vecina. Una voz que  
decía: “Ahora puedes rodar la cama para ese lado”. Era una voz fatigada, pero no voz de enfermo,  
155 sino de convaleciente. Después oí el ruido de los ladrillos en el agua. Permanecí rígida antes de  
darme cuenta de que me encontraba en posición horizontal. Entonces sentí el vacío inmenso. Sentí el  
trepidante y violento silencio de la casa, la inmovilidad increíble que afectaba a todas las cosas. Y  
súbitamente sentí el corazón convertido en una piedra helada. “Estoy muerta -pensé-. Dios. Estoy  
muerta”. Di un salto de la cama. Grité: “¡Ada, Ada!”. La voz desabrida de Martín me respondió desde  
160 el otro lado: “No pueden oírte porque ya están fuera”. Solo entonces me di cuenta de que había  
escampado y de que en torno a nosotros se extendía un silencio, una tranquilidad, una beatitud  
misteriosa y profunda, un estado perfecto que debía ser muy parecido a la muerte. Después se  
oyeron pisadas en el corredor. Se oyó una voz clara y completamente viva. Luego un vientecito fresco  
sacudió la hoja de la puerta, hizo crujir la cerradura, y un cuerpo sólido y momentáneo, como una  
165 fruta madura, cayó profundamente en la alberca del patio. Algo en el aire denunciaba la presencia de  
una persona invisible que sonreía en la oscuridad. “Dios mío -pensé entonces, confundida por el  
trastorno del tiempo-. Ahora no me sorprendería de que me llamaran para asistir a la misa del  
domingo pasado”.

Gabriel García Márquez, (Aracataca, Colombia 1928 - México DF, 2014), *Ojos de perro azul*, 1974

